

La tendencia cíclica del debate naturaleza–cultura: la necesidad de una perspectiva socio–histórica en la explicación evolucionista de la mente

Jose Luis Olarte Rodríguez

Resumen. Las explicaciones sobre la mente han mostrado una tendencia cíclica en lo que concierne al debate comúnmente conocido como naturaleza–cultura. Volver sobre este problema puede parecer insustancial e, incluso, algunos pueden negar que tenga relevancia para la psicología. Sin embargo, con el enfoque de la Psicología Evolucionista propuesto por Cosmides y Tooby el innatismo vuelve a tomar fuerza, sólo que esta vez el debate está menguado debido a que, al plantear la selección natural como una ley irrefutable, se cierra la posibilidad de re–pensar el giro naturalista que han tenido las explicaciones psicológicas. Asimismo, y con respecto a las críticas que la Psicología Evolucionista hace sobre las explicaciones culturalistas, en las cuales se las hace ver como si fueran planteamientos basados en la *tabula rasa*, se introducen ideas deformadas, carentes de historia acerca del contexto que facilitó el surgimiento de las explicaciones culturales. En este artículo no pretendemos resolver el debate naturaleza–cultura, buscamos, más bien, plantear tres argumentos para intentar esclarecer la tendencia cíclica que ha tenido el debate en cuestión, así como sugerir la necesidad de incluir una perspectiva socio–histórica en el esclarecimiento evolutivo de la mente humana. Los argumentos que presentaremos son: 1) las diferencias entre la explicación causal y la explicación por esclarecimiento, 2) la tendencia cíclica del debate naturaleza–cultura y 3) la negación del contexto socio–histórico en que incurre la Psicología Evolucionista.

Palabras clave: naturaleza, cultura, explicación, esclarecimiento, historia cultural, actividad

Abstract. Explanations about the mind have shown a cyclical trend in what concerns the debate commonly known as nature–culture. Returning to this problem may seem pointless, and some may even deny its relevance to psychology. However, with the approach of Evolutionary Psychology proposed by Cosmides and Tooby, innatism gains strength again, only this time the debate is diminished because, by proposing natural selection as an irrefutable law, the possibility of rethinking the naturalistic turn that psychological explanations have had is closed. Likewise, and with respect to the criticism that Evolutionary Psychology makes of culturalist explanations, in which they are made to look as if they were approaches based on a tabula rasa, distorted ideas are introduced, lacking in history about the context that facilitated the emergence of cultural explanations. In this article we do not intend to resolve the nature–culture debate, rather we seek to present three arguments to try to clarify the cyclical trend that the debate in question has had, as well as suggest the need to include a socio–historical perspective in the evolutionary clarification of the human mind. The arguments that we will present are: 1) the differences between the causal explanation and the explanation by clarification, 2) the cyclical tendency of the nature–culture debate and 3) the denial of the socio–historical context in which Evolutionary Psychology incurs.

Keywords: nature, culture, explanation, elucidation/clarification, cultural history, activity

Introducción

Las dicotomías y las antinomias han estado presentes implícita o explícitamente en las discusiones disciplinares e, incluso, han sido entendidas como contradicciones lógicas necesarias para el movimiento, el cambio y el dinamismo de las teorías. Para algunos, representan limitaciones que sólo conducen a terrenos infértiles en la producción teórica, bien porque deben ser omitidas o porque niegan el término que se les opone (García–Coll *et al.*, 2004; Grigorenko *et al.*, 2010; Moore, 2013). Para otros, las contradicciones son importantes porque animan la discusión y mantienen el debate abierto en torno a problemas: este es el caso de la cuestión naturaleza–cultura (Lock & Palsson, 2016; Overton, 2015; Pinker, 2006; Witherington, *et al.*, 2018).

Muchas han sido las preguntas que se han hecho los psicólogos sobre la mente humana. Algunas han tratado de abordar el problema del origen de lo psicológico (Causey & Bjorklund, 2016; Lawson, 2016; Tomasello, 2019), otras se han concentrado en el desarrollo y en el cambio que experimentan los individuos a través del tiempo (Larreamendy–Joerns *et al.*, 2008; Luria, 1975, 1984; Piaget, 1961, 1985, 1995; Puche–Navarro *et al.*, 2017; Vygotsky, 1997). Aunque no estamos en la capacidad de desglosar la larga lista de preguntas que ha acompañado a la historia de la psicología, hay un punto común en algunos de los interrogantes sobre la mente humana: ¿ésta se puede explicar a través de argumentos naturalistas o argumentos culturalistas?

En este artículo presentaremos tres argumentos. El primero establece las diferencias entre la explicación causal y la explicación por esclarecimiento. Si bien ambos tipos de explicación han sido relevantes en la historia de la psicología, proponemos que la explicación causal ha tenido repercusiones importantes en la tendencia cíclica que muestra el debate naturaleza–cultura. El segundo de los argumentos describe con mayor detalle la forma en que las explicaciones causales oscilan entre el extremo naturalista y el extremo culturalista sin que haya habido realmente cambios en la explicación de las diferencias entre los grupos humanos. Por último, planteamos el retorno de las explicaciones naturalistas propuestas por la Psicología Evolucionista¹ para las cuales la selección natural se toma como una ley a la

¹ El término Psicología Evolucionista (en mayúsculas) se refiere a la propuesta de Cosmides y Tooby, así como a los investigadores que se adhieren a este enfoque explicativo. No obstante, el término psicología evolucionista

que las ciencias sociales deben adherirse; el Pleistoceno se ofrece como el contexto prehistórico que explica la mente humana y, a raíz de esta afirmación, Cosmides y Tooby menosprecian el contexto socio–histórico que ha sido el producto de la actividad humana.

Dos tipos de explicación: causa–efecto y esclarecimiento

El significado de la explicación tiene múltiples enfoques. Sin embargo, retomaremos dos de sus principales orientaciones en psicología. Por un lado, la explicación es entendida como análisis causal. De acuerdo con esta orientación, los investigadores se basan fundamentalmente en la búsqueda de las causas que permitan explicar las manifestaciones (efectos) del fenómeno de estudio. En este sentido, el análisis causal tiene como pretensión la consolidación de leyes generales que tengan la capacidad de subsumir los casos particulares (García–Elskamp, 2020; González, 2002). Por el otro, la explicación es esclarecimiento: se centra en entender los fenómenos como procesos de formación, cambio y transformación (Piaget, 1977; Vygotsky, 1997).

La explicación causa–efecto tiene al menos tres notas características. En primer lugar, se trata de una explicación que recurre al concepto de universalidad. Así, por ejemplo, explicar significa subsumir los distintos casos particulares en una categoría universal a la que, tradicionalmente, se le ha dado el nombre de ley. Vista así, la ley explica los distintos casos que, como hemos dicho, quedan contenidos o subsumidos dentro de ella. Si la categoría universal explica los acontecimientos particulares, como es evidente, lo particular pierde importancia lógica y gnoseológica. En segundo lugar, la explicación causa–efecto está sobre todo comprometida con la relación lógica vinculante entre las premisas (causas) y sus conclusiones (efectos). No hay duda de que se trata de un tipo de pensamiento lógico casi incuestionable. Estamos acostumbrados a entender la explicación como la relación lógicamente necesaria entre las causas y los efectos o, dicho en una terminología aparentemente ya caduca, entre las leyes universales y los fenómenos particulares. En tercer lugar, en consecuencia, la causa es entendida como origen: la causa de un acontecimiento (o

(en minúsculas) se relaciona con los campos de investigación que se alejan del planteamiento modularista de la Psicología Evolucionista.

de un fenómeno) es el origen mismo del fenómeno (Cabell & Valsiner, 2014; Castorina, 2010).

El esclarecimiento se mueve en una dirección diferente. En primer lugar, no duda de que toda explicación debe presentar sus argumentos de un modo lógicamente ordenado. Sin embargo, no parte de leyes universales, sino que se interesa en los procesos, o cambios dinámicos de los fenómenos. En segundo lugar, si esto es así, entonces el operador lógico — y ontológico— del esclarecimiento es la contingencia. Los acontecimientos no están relacionados necesariamente entre ellos: el vínculo entre las premisas es en realidad contingente. Dicho de otro modo, aquello que se esclarece pudo haber sido de otra manera. Es tarea de quien explica reconstruir históricamente —genéticamente, si se quiere— los distintos acontecimientos y las distintas condiciones que los hicieron posibles. Su tarea es la de ofrecernos un cuadro ordenado, lógicamente compuesto, de las diferentes relaciones entre los acontecimientos. Si vemos bien, aquí lo universal es siempre una reconstrucción argumentativa de los acontecimientos gracias a los cuales, sólo de modo imprevisible, los casos se relacionan. Quien esclarece debe ahora introducir las premisas lógicas que le dan orden a su explicación. En tercer lugar, al esclarecimiento no le interesa el origen, no se afana en encontrar un punto inicial a partir del cual todo lo demás tiene consistencia. Diferencia pues entre origen y condiciones históricas de posibilidad. Los psicólogos del desarrollo entienden este punto cuando diferencian origen de génesis. La génesis se entiende como un proceso de formación, cambio y transformación. Vista así, génesis es proceso, cierto, pero también supone las condiciones de posibilidad de dicho proceso. Hay que insistir en que esas condiciones son imprevisibles: podrían no haber sido tal como fueron. Génesis es también el camino por el cual quien conoce, quien busca esclarecer, se da a la tarea de reconstruir lógicamente las premisas que explican el proceso (Castorina & Baquero, 2005; Piaget, 1977; Vygotsky, 1997).

En la psicología de comienzos del siglo XX, la explicación tomó la forma de esclarecimiento tal y como puede verse en los trabajos de algunos de sus principales teóricos, por ejemplo, los escritos de William James, Jean Piaget y Lev Vygotsky. Las teorías exponen descripciones y argumentos para dar cuenta de los procesos implicados en la génesis de los fenómenos psicológicos. Es muy difícil, sino imposible, encontrar en qué momento —y bajo

qué condiciones— la explicación en psicología se vinculó con la causalidad y se alejó del esclarecimiento como vía explicativa.

Desde nuestro punto de vista, el problema de la explicación causal radica en que la explicación del fenómeno mismo, así como de sus cambios, pasa a un segundo plano en tanto que la explicación se concentra en las causas —pues ellas son las que determinan los cambios en el fenómeno— y, debido a que el fenómeno pierde relevancia, es la ley general la que asume la tarea de la explicación (para una discusión sobre este problema véase: Piaget, 1977; Ribes-Iñesta, 2020). Uno de los problemas en los que incurren los investigadores que privilegian la explicación causal se ve expresado en la tendencia cíclica del debate naturaleza–cultura. Buscando explicar las diferencias entre los grupos humanos, las teorías plantearon explicaciones causales fundamentadas en la predominancia de la naturaleza o de la cultura. Las explicaciones de un lado o del otro, no sólo han alimentado el debate sino que lo han tornado insoluble, de ahí que quienes han revisado el problema lo describan en términos cíclicos (para una revisión véase: Overton, 1973; Overton & Molenaar, 2015; Witherington *et al.*, 2018).

La tendencia cíclica del debate naturaleza–cultura

Una de las fuentes que contribuyó a la actualización del debate puede rastrearse desde finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX a partir de la discrepancia teórica entre Darwin y Wallace con respecto al lugar que tiene la selección natural en la determinación de las cualidades morales e intelectuales. Nos referimos básicamente a que Wallace (1864) y Darwin (1871/1981) plantearon la continuidad evolutiva entre los animales y el hombre, sin embargo, Wallace (1889/2009) afirmó que la selección natural tiene límites para explicar la naturaleza moral e intelectual de los seres humanos. En otras palabras, aunque está de acuerdo con Darwin en relación con la continuidad evolutiva de las características morfológicas, Wallace se distancia de su contemporáneo al considerar que las cualidades morales e intelectuales no pueden ser explicadas a partir de la selección natural.

Esta disputa trajo consigo consecuencias en términos de la división entre los teóricos que apoyaban la propuesta de Darwin o que se distanciaban de ella. Para ilustrar lo anterior citamos en extenso a Romanes (1883):

(...) la diferencia entre los puntos de vista [de Darwin y Wallace acerca de la explicación de la mente] ha sido compartida desde entonces por la creciente multitud de sus discípulos. Todos sabemos cuál es esa diferencia. Todos sabemos que mientras el Sr. Darwin creía que los hechos de la psicología humana admitían ser explicados por las *leyes generales de la Evolución*, el Sr. Wallace no creía que estos hechos admitieran ser así explicados. Por lo tanto, mientras que los seguidores del Sr. Darwin sostienen que todos los organismos son productos similares de una génesis natural, los seguidores del Sr. Wallace sostienen que debe hacerse una clara excepción a esta declaración general en el caso del organismo humano; o (...) en el caso de la mente humana. Así es como la gran escuela de evolucionistas se divide en dos sectas; según unos, la mente del hombre ha evolucionado lentamente a partir de tipos inferiores de existencia física, y según otros, la mente del hombre, no habiendo evolucionado así, se distingue, *sui generis*, de todos los demás tipos de tal existencia. (p. 9) (traducción propia) [énfasis agregado]

La contraposición de las perspectivas expuestas ha persistido en diversos campos de las ciencias sociales y humanas. Particularmente en la psicología, la perspectiva darwiniana fue adoptada por diferentes teóricos que, teniendo como base el concepto de instinto, pretendieron explicar las facultades mentales como producto de la selección natural. De esta manera, en psicología se atenuó la creencia sobre las diferencias entre los animales y el hombre pero, paradójicamente, se estableció una concepción naturalista del ser humano.

De acuerdo con Moore (2013), al emprender el estudio de las diferencias individuales así como del lugar de la herencia en la explicación causal de tales diferencias, fue Francis Galton quien introdujo el término dicotómico Naturaleza vs. Crianza, con el cual se abre un debate que parece resistirse a la superación. Su interés por explicar las diferencias entre los seres humanos lo condujo a iniciar estudios con gemelos y, de esta manera, recopilar datos que afirmaran el predominio de una explicación naturalista (Galton, 1875/2012). Galton (1909) planteó que el progreso era posible mediante la dirección racional de la evolución humana. Acuñó el término *eugenesis* para describir un programa orientado a la mejora de las generaciones futuras a partir de la selección de personas que debían o no tener descendencia.

Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, las ideas de Galton se dispersaron rápidamente entre los científicos sociales, así como en las políticas migratorias de diferentes países (Grant, 1916; Martínez, 1997; McDougall, 1921a; Ross, 1914). En el caso particular de América, el racismo creció exponencialmente y, en consecuencia, las explicaciones naturalistas centradas en lo que comúnmente se conoce como “naturaleza humana” tomaron cada vez mayor fuerza en la explicación del comportamiento y las características psicológicas de diferentes grupos étnicos (Muñoz-Gaviria, 2005; Martínez, 1997).

Los excesos en términos de prohibición, segregación y discriminación social en que incurrieron las políticas públicas de diferentes países de América —con la participación de científicos adheridos a las ideas eugenésicas, entre ellos psicólogos y psiquiatras— coinciden con importantes cambios en la explicación de las diferencias entre los grupos humanos. Las explicaciones naturalistas se vieron confrontadas por las explicaciones culturalistas propuestas por Franz Boas (1858–1942). En su libro *La mentalidad del hombre primitivo* (1911/1938), Boas plantea que las personas llamadas salvajes no muestran diferencias en las capacidades intelectuales con respecto a las personas consideradas civilizadas. Antes bien, señala que las diferencias individuales muestran una mayor variabilidad que las diferencias intergrupales. En consecuencia, para Boas las diferencias intergrupales no pueden ser explicadas exclusivamente desde las características biológicas, sino que deben contemplar los procesos históricos y las prácticas culturales.

A raíz de las interpretaciones del pensamiento de Boas sobre las diferencias entre los grupos humanos, el movimiento circular de las explicaciones causales se trasladó de los argumentos naturalistas hacia los argumentos basados en la historia y en la cultura (Jahoda, 2012a, 2012b; Robins *et al.*, 2019). Los debates entre naturalistas y culturalistas se acompañaron de programas de investigación y desarrollos teóricos orientados a encontrar datos que respaldaran las diferentes posturas. La adherencia a los planteamientos de Boas por parte de antropólogos, sociólogos e historiadores convergen con movimientos sociales cuyo ideal de igualdad de oportunidades contribuyó a que las explicaciones culturalistas tomaran más fuerza (Boas, 1911/1938; Degler, 1991; Ellwood, 1918, 1923; Pinker, 2012a).

La tendencia cíclica del debate naturaleza–cultura también se pone de manifiesto en la psicología. Para comienzos del siglo XX, las nascentes teorías del comportamiento se opusieron a las ideas darwinianas que se habían consolidado como teorías del instinto. Entre

los principales opositores se encuentran Watson (1913, 1924) y Kantor (1923, 1925). Por un lado, en su interés por dotar de un estatus científico a la psicología, Watson se contrapuso a las teorías del instinto mediante la formulación de una teoría centrada en explicaciones ambientales: el conductismo. Por el otro, las ideas de Kantor se centraron en dos argumentos: el primero señaló la ambigüedad del uso del término instinto a partir de la identificación de al menos nueve acepciones diferentes en autores como McDougall (1921b), Thorndike (1913) y Tolman (1920); el segundo enfatizó en las limitaciones del término para explicar actividades humanas complejas, puesto que, para tal propósito, se requiere de una comprensión más amplia que contemple las condiciones históricas, económicas, sociales y culturales.

A partir de la oposición de la psicología del comportamiento al concepto de instinto, las explicaciones naturalistas sufrieron un declive y, en contraste, la explicación causal se centró ya no exclusivamente en la selección natural o en el instinto, sino que se trasladó hacia las influencias ambientales. La postura ambientalista fue tomando cada vez más fuerza: el reconocimiento de la cultura ofrecía mejores opciones de cambio social para los intereses “progresistas” de la época que la creencia en los instintos y sus determinantes biológicas. De esta manera, la explicación causal se desplaza del extremo naturalista al extremo ambientalista: ya no son ni la selección natural ni la herencia las que hacen las veces de mejor explicación, sino que es la cultura la que toma ese lugar.

Al margen de un análisis sobre la veracidad de las explicaciones naturalistas o culturalistas, estas últimas facilitaron la atenuación de los prejuicios raciales, de las prácticas eugenésicas y de la segregación de las mujeres en la vida social y política (Pinker, 2012a, 2012b; Singer, 2004). Asimismo, las explicaciones culturalistas fueron ganando aceptación entre científicos y profesionales debido a que esta explicación alternativa abrió oportunidades para la participación política de los grupos que antes habían sido segregados. A la par, las discusiones sobre el determinismo racial o biológico fueron perdiendo fuerza y visibilidad en los debates académicos (Degler, 1991).

Aunque es innegable que la cultura tuvo un lugar predominante en la explicación del comportamiento entre 1920 y 1950 aproximadamente, también es importante señalar que algunas explicaciones culturalistas o sociológicas se excedieron en la caracterización de los atributos de la cultura (Berger, 1965; Berger & Luckmann, 1968; Cory, 1951; Mead, 1928).

Es precisamente a partir de los excesos explicativos centrados en el ambiente o en la cultura que algunos enfoques en psicología reaccionan juzgando la totalidad de las teorías culturales como posturas que sostienen una concepción errónea del ser humano (*tabula rasa*) (Cosmides, 1985; Cosmides & Tooby, 1987; Tooby & DeVore, 1987).

Nuevamente, la tendencia cíclica que caracteriza al debate naturaleza–cultura se vio representada en el giro naturalista entre 1950 y 1960 (Pléh, 2012). En vista del auge que había cobrado la explicación culturalista, otros científicos sociales comenzaron a plantearse preguntas relacionadas con la evolución biológica y con la teoría darwiniana a raíz del descubrimiento de la doble hélice del ADN (Kimble, 1993; Lock & Palsson, 2016; Tabery, 2014). Algunas de estas cuestiones ponían en entredicho la capacidad de la cultura para explicar las diferencias entre los seres humanos. En otras palabras, estaba comenzando a gestarse el retorno al innatismo, postura a la que la psicología se adhirió hacia mediados de 1980 bajo el nombre de Psicología Evolucionista.

La historia cultural entendida como actividad humana: más allá del Pleistoceno

La Psicología Evolucionista (PE) fue propuesta inicialmente por Cosmides y Tooby a principios de la década de 1980. Partiendo de la formulación darwiniana de que todos los organismos son producto de la selección natural, la PE plantea que las características mentales son innatas porque, así como opera en la fisiología y en la anatomía, la selección natural también lo hace en la mente humana (Barkow *et al.*, 1992; Pinker, 2013; Tooby, 2018). A la luz del anterior planteamiento, la PE establece una confrontación directa con las explicaciones culturalistas en tanto que, para los evolucionistas, fue la selección natural y no la cultura la que dio forma a la mente y al comportamiento de los seres humanos; de ahí que reduzcan las explicaciones culturales a meros postulados ambientalistas que se limitan a comprender la mente como una pizarra en blanco sobre la que el medio externo influye con total libertad. A esta creencia según la cual la mente se encuentra desprovista de contenidos innatos —*tabula rasa*— la denominan Modelo Estándar de las Ciencias Sociales.

En contraste, la PE parte del supuesto de que la mente y los procesos psicológicos surgen desde el interior hacia el exterior, es decir, desde los módulos —diseñados por la selección natural— hacia la producción de contenidos culturales. Así las cosas, el lenguaje,

la cultura, las tradiciones, entre otras expresiones de la actividad humana, son para ellos fenotipos funcionales socialmente extendidos producto de los programas mentales evolucionados (para una crítica véase: Chaves *et al.*, 2019). Para Tooby y Cosmides (2016), la cultura “es el producto manufacturado de nuestros programas de neurocomputación evolucionados ubicados en individuos que viven en grupos” (p. 7).

En su intento por alejarse del Modelo Estándar de las Ciencias Sociales, la PE entiende la cultura como un subproducto de los módulos evolucionados durante el Pleistoceno (Barkow *et al.*, 1995; Cosmides & Tooby, 2002; Tooby & Cosmides, 2016). A su vez, los módulos a los que se refiere la PE son el producto de la selección natural. Nuestra crítica a la PE no se concentra en la selección natural como uno de los principios explicativos de la mente y de los procesos psicológicos. Antes bien, consideramos que esta perspectiva amplió los límites teóricos que se había autoimpuesto la psicología durante gran parte del siglo XX, debido al predominio de las explicaciones conductistas (Pléh, 2012). La crítica se orienta al planteamiento que hace la PE sobre las ciencias sociales en el cual se las hace ver —desde una imagen engañosa— como absurdas y mal concebidas. Al respecto, Tooby y Cosmides expresan:

En la actualidad, las ciencias sociales son un puñado de pretensiones mutuamente contradictorias, sin unidad teórica ni clara dirección progresiva. Los componentes principales de las ciencias sociales son lo suficientemente incoherentes, incluso, para ser calificados (...) como incorrectos. (...) [El Modelo Estándar de las Ciencias Sociales] se construyó a partir de supuestos defectuosos sobre la naturaleza de la arquitectura psicológica y del desarrollo humano. (2016, p. 4) (traducción propia)

El primer problema que observamos consiste en que la PE separa tajantemente la historia natural de la historia social. Aunque es cierto que metodológica y analíticamente son separables, es muy problemático separarlas conceptualmente. Tal vez la consecuencia más visible de esa separación se encuentra en que, a pesar de la crítica científica a la metafísica (Barkow *et al.*, 1995; Cosmides & Tooby, 2009; Hagen, 2016), la PE paradójicamente produce un dualismo de sustancia. Es decir, su concepción restringida de la naturaleza es ella misma dualista. En contraste, las ciencias sociales no niegan la naturaleza, por el contrario,

comprenden que es en el concepto de actividad donde se encuentran estrechamente relacionadas la historia natural y la historia social.

En segundo lugar, la PE plantea que las ciencias sociales toman el concepto de cultura para afirmar la idea de que todos los contenidos mentales suceden debido a un proceso de internalización de fuentes externas, es decir, considera que las ciencias sociales conciben al ser humano como alguien que se limita a importar pasivamente el mundo ubicado fuera del individuo. En palabras de Cassirer, “el mundo de la cultura es concebido y explicado, así, como una especie de supramundo que influye sobre el mundo físico y sobre la existencia del hombre” (1942/2012, p. 52). Si bien cultura es un término polisémico cuyas acepciones no se pueden describir aquí, planteamos que las creaciones culturales son fundamentalmente acciones humanas (para una revisión del concepto cultura, véase: Eagleton, 2001; Gombrich, 2016; Jahoda, 2012a, 2012b). En este sentido, nos alejamos de la limitación en la que incurre la PE, dado que comprender la cultura, la historia o las ciencias sociales como subproductos de módulos provenientes del pasado prehistórico es, en el mejor de los casos, negar la participación de la actividad humana en la creación de la cultura y la historia (Chaves *et al.*, 2019).

Por último, la negación del contexto socio–histórico en que incurre la PE se sustenta en que, por privilegiar en su explicación únicamente los módulos mentales producto de la selección natural, pasa por alto el desarrollo histórico de la actividad humana y, paralelamente, reduce la investigación del ser humano y de sus creaciones culturales al estudio del cerebro (Cassirer, 1942/2012; Ilenkov, 1977; Luria, 1975; Vygotsky, 1997). Sin embargo y de acuerdo con Luria:

Para explicar causalmente las funciones psíquicas superiores del ser humano, hay que salirse de los límites del organismo y buscar las fuentes de las mismas no en las profundidades del espíritu o en las peculiaridades del cerebro, sino en la historia social de la humanidad, en las formas del trabajo social y del lenguaje que se fueron constituyendo en la historia de la sociedad y dieron vida a los más perfectos tipos de comunicación y a las nuevas formas de la actividad consciente. (1975, p. 14)

Los tres problemas que acabamos de enunciar sobre la crítica de la PE a las ciencias sociales ponen de manifiesto el intento de Cosmides y Tooby por diluir la dicotomía naturaleza–cultura bajo una concepción naturalista. La cultura queda desprovista de comprensión y subsumida en el concepto de naturaleza propuesto por estos psicólogos evolucionistas. En contraste, planteamos que la PE introduce un gran error cuando propone como meta exclusiva la refundación de las ciencias sociales a partir de su sometimiento a la selección natural como único principio explicativo. Al respecto, consideramos que, aunque acudió al proceso de selección natural para explicar las diferencias entre los seres humanos, Darwin no formuló su teoría en términos de leyes generales con el propósito de subsumir todos los casos particulares (para una revisión, véase: Dennett, 2017; Gruber, 1984; Hodge, 2009; Kitcher, 2009). Siguiendo a Hodge (2009), Darwin concebía la selección natural como un proceso, mas no como una ley en sí misma dado que “(...) sus innumerables resultados interactivos en innumerables circunstancias —las infinitas selecciones naturales resultantes— no son subsumibles dentro de ninguna generalización, ningún enunciado de derecho único” (p. 68).

Para nosotros, la selección natural es un proceso que asume el esclarecimiento como vía explicativa. Como dijimos anteriormente, el estudio de los procesos de formación, cambio y transformación son el centro de análisis del esclarecimiento. Aunque no sea correcto ubicar a Darwin en un tipo de explicación (causalidad o esclarecimiento), lo hacemos con el propósito de plantear que su pensamiento sobre la selección natural exalta una ruta de análisis en la explicación de la historia evolutiva de las especies. En otras palabras, la teoría darwiniana constituye una auténtica concepción histórica de la vida. A su vez, las ciencias sociales también se fundamentan en la historia, sólo que su centro de indagación le confiere un lugar importante a la actividad humana. Es a través de ella que es posible esclarecer los distintos acontecimientos que dieron lugar al proceso cultural.

Conclusiones

En este artículo tratamos de mostrar la tendencia cíclica que ha caracterizado el debate naturaleza–cultura en lo que concierne a las explicaciones sobre la mente humana. Tomamos como referencia principal el enfoque propuesto por Cosmides y Tooby (Psicología

Evolucionista), debido a que su giro naturalista de las explicaciones psicológicas reaviva el debate naturaleza–cultura.

Con el propósito de defender la necesidad de incluir una postura socio–histórica en la explicación de la mente, planteamos la importancia de considerar dos formas alternativas de entender la explicación. Si bien la explicación causal ha sido importante en la historia de la psicología, el esclarecimiento nos ofrece una vía fundamental para explicar los fenómenos como procesos de formación, cambio y transformación. Desde nuestra perspectiva, el énfasis en la explicación causal contribuyó conjuntamente con distintos movimientos (eugenésicos, políticos, económicos, ideológicos, etc.) a que el debate naturaleza–cultura adquiriera la tendencia circular que lo caracteriza, pues, a lo largo de la historia reciente, observamos que las explicaciones causales de las diferencias entre los grupos humanos se han centrado en la predominancia de la naturaleza o de la cultura y no en su interdependencia.

La Psicología Evolucionista continúa con la tradición de la explicación causal y toma como núcleo de su planteamiento su propia interpretación de la teoría de la selección natural de Darwin. Para Cosmides y Tooby las ciencias sociales se deben reconstruir a partir de las ciencias naturales. En la medida en que se entiende como fenotipos funcionales socialmente extendidos, la cultura y su marco explicativo son subsumidos por módulos producto de la selección natural durante el Pleistoceno. Nosotros planteamos que la Psicología Evolucionista produce un dualismo de sustancia cuando separa la historia natural de la historia social, cuya omisión más relevante consiste en ignorar la actividad humana en la creación de la cultura y la historia. Además, al considerar la selección natural como una ley general que subsume todos los casos particulares, pasan por alto que la selección natural es un proceso, no una ley en sí misma. Por este motivo, hemos argumentado que las explicaciones también pueden pensarse como esclarecimiento. Debido a que tiene como centro de interés la actividad humana, el esclarecimiento se interesa por los procesos de formación, cambio y transformación.

Referencias

- Barkow, J. H., Cosmides, L., & Tooby, J. (1995). *The adapted mind. Evolutionary psychology and the generation of culture*. Oxford University Press.
- Berger, P. L. (1965). Towards a sociological understanding of psychoanalysis. *Social Research*, 32(1), 26–41. doi:10.2307/40969766
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Boas, F. (1911/1938). *The mind of primitive man*. The MacMillan Company. (Trabajo original publicado en 1911).
- Cabell, K. R., & Valsiner, J. (2014). Systematic systemics: causality, catalysis, and developmental cybernetics. En K. R. Cabell & J. Valsiner (eds.), *The catalyzing mind. Beyond models of causality* (pp. 3–16). Springer.
- Cassirer, E. (1942/2012). *Las ciencias de la cultura*. Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1942).
- Castorina, J. A. (2010). Los modelos de explicación para las novedades del desarrollo. *Revista de Psicología*, 11, 13–25.
- Castorina, J. A., & Baquero, R. J. (2005). *Dialéctica y psicología del desarrollo. El pensamiento de Piaget y Vygotsky*. Amorrortu.
- Causey, K. B., & Bjorklund, D. F. (2016). La evolución de la cognición. En I. Swami (coord.). *Psicología evolucionista. Una introducción crítica* (pp. 42–83). Fondo de Cultura Económica.
- Chaves, L., Piñeres, J., & Olarte, J. (2019). Civilización, culto y escritura en el desarrollo de la mente. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 11(2), 123–150. doi: [https://doi.org/10.17533/ udea.rp.v11n2a05](https://doi.org/10.17533/udea.rp.v11n2a05)
- Cory, D. W. (1951). *The homosexual in America: a subjective approach*. Greenberg.
- Cosmides, L. (1985). *Deduction or darwinian algorithms. An explanation of the elusive content effect on the Wason selection task* [tesis doctoral no publicada]. Harvard University. Center of Evolutionary Psychology https://www.cep.ucsb.edu/papers/cosmides_1985_chap4.pdf
- Cosmides, L. & Tooby, J. (2002). Orígenes de la especificidad de dominio: la evolución de la organización funcional. En L. A. Hirschfeld, y S. A. Gelman (comp.), *Cartografía*

de la mente. La especificidad de dominio en la cognición y en la cultura (Vol. 1) Orígenes, procesos y conceptos (pp 132–173). Gedisa.

Cosmides, L., & Tooby, J. (1987). From evolution to behavior: evolutionary psychology as the missing link. En J. Dupré (edit.), *The latest on the best: essays on evolution and optimality* (pp. 276–306). The MIT Press.

Cosmides, L., & Tooby, J. (2009). Universal minds. Explaining the new science of evolutionary psychology. Consultado el 11 de mayo de 2021. <https://www.cep.ucsb.edu/155/universalminds.pdf>

Darwin, Ch. (1871/1981). *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*. Princeton University Press. (Trabajo original publicado en 1871)

Degler, C. N. (1991). *In search of human nature. The decline and revival of darwinism in american social thought*. Oxford University Press.

Dennett, D. C. (2017). *De las bacterias a Bach. La evolución de la mente*. Pasado & Presente.

Eagleton, T. (2001). *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*. Paidós.

Ellwood, Ch. (1918). Theories of cultural evolution. *American Journal of Sociology*, 23(6), 779–800. doi: 10.2307/2764036

Ellwood, Ch. (1923). Mental patters in social evolution. En American Sociological Society, *Papers and Proceedings (Vol. 17)* (pp. 88–100). University of California.

Galton, F. (1875/2012). The history of twins, as a criterion of the relative powers of nature and nurture. *International Journal of Epidemiology*, 41, 911–913 <https://doi:10.1093/ije/dys097> (Reprinted from “The history of twins, as a criterion of the relative powers of nature and nurture” 1875, *Fraser’s Magazine*, 12, 566–576.

Galton, F. (1909). *Essays in eugenics*. The Eugenics Education Society.

García–Coll, C., Bearer, E. L., & Lerner, R. M. (2004). Nature and nurture in human behavior and development: a view of the issues. En C. García–Coll, E. L. Bearer, & R. M. Lerner (eds.). *Nature and Nurture. The complex interplay of genetic and environmental influences on human behavior and development* (pp. XVII–XXIII). Lawrence Erlbaum.

- García–Elskamp, R. (2020). Causalidad e indeterminismo en la acción humana. Reflexiones sobre causas y razones. *ArtefaCToS. Revista de estudios de la ciencia y la tecnología*, 9 (1), 47–60. doi: <https://dx.doi.org/10.14201/art2020914760>
- Gombrich, E. H. (2016). *Breve historia de la cultura*. Planeta.
- González, W. J. (2002). *Diversidad de la explicación científica*. Ariel.
- Grant, M. (1916). *The passing of the great race*. Charles Scribner's Sons.
- Grigorenko, E. L., Mandelman, S. D., Naples, A. J. &, Rakhlin, N. (2010). Juxtaposing psychological, educational, and genomic sciences: an emerging platform for interpreting individual differences in the classroom. En D.D. Preiss & R. J. Sternberg (eds.). *Innovations in educational psychology perspectives on learning, teaching, and human development* (pp. 3–24). Springer Publishing Company.
- Gruber, H. E. (1984). *Darwin sobre el hombre: un estudio psicológico de la creatividad científica*. Alianza.
- Hagen, E. H. (2016). Evolutionary psychology and its critics. En D. M. Buss (edit.), *The handbook of evolutionary psychology. Volume 1: Foundations* (pp. 136–160). Wiley.
- Hodge, J. (2009). The notebook programmes and projects of Darwin's London years. En J. Hodge, & G. Radick (edits), *The Cambridge Companion to Darwin* (pp. 44–72). Cambridge University Press.
- Ilenkov, E. V. (1977). *Dialectical Logic: Essays on Its History and Theory*. Progress Publishers.
- Jahoda, G. (2012a). Critical reflections on some recent definitions of "culture". *Culture & Psychology*, 18(3), 289–303. doi: 10.1177/1354067X12446229
- Jahoda, G. (2012b). Culture and psychology: words and ideas in history. En J. Valsiner (edit.), *The oxford handbook of Culture and Psychology* (pp. 25–42). Oxford University Press.
- Kantor, J. R. (1923). The problem of instincts and its relation to social psychology. *The Journal of Abnormal Psychology and Social Psychology*, 18(1), 50–77. doi:10.1037/h0065378
- Kantor, J. R. (1925). Anthropology, race, psychology, and culture. *American Anthropologist*, 27(2), 267–283. doi:10.1525/aa.1925.27.2.02a00020

- Kimble, G. A. (1993). Evolution of the nature–nurture issue in the history of psychology. En R. Plomin & G. E. McClearn (Eds.). *Nature, nurture & psychology* (pp. 3–25). American Psychological Association.
- Kitcher, P. (2009). Giving Darwin his due. En J. Hodge, & G. Radick (edits), *The Cambridge Companion to Darwin* (pp. 455–476). Cambridge University Press.
- Larreameindy–Joerns, J., Puche–Navarro, R. & Restrepo, A. (2008). *Claves para pensar el cambio. Ensayos sobre psicología del desarrollo*. Ediciones Uniandes.
- Lawson, D. W. (2016). Teoría de la historia de vida y conducta reproductiva humana. En I. Swami (coord.). *Psicología evolucionista. Una introducción crítica* (pp. 197–230). Fondo de Cultura Económica.
- Lock, M. & Palsson, G. (2016). *Can science resolve the nature/nurture debate?* Polity.
- Luria, A. R. (1975). *Introducción evolucionista a la psicología*. Martínez Roca.
- Luria, A. R. (1984). *Conciencia y lenguaje*. Visor.
- Martínez, F. (1997). Apogeo y decadencia del ideal de la inmigración europea en Colombia, siglo XIX. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 34(44), 2–45.
- McDougall, W. (1921a). *Is America safe for democracy?* Scribner's.
- McDougall, W. (1921b). The use and abuse of instinct in social psychology. *The Journal of Abnormal Psychology and Social Psychology*, 16(5–6), 285–333. <https://doi.org/10.1037/h0065319>
- Mead, M. (1928). *Coming of age in Samoa: A psychological study of primitive youth for western civilization*. William Morrow.
- Moore, D. (2013). Current thinking about nature and nurture. En K. Kampourakis (ed.) *The Philosophy of Biology. A companion for Educators* (pp. 629–652). Springer.
- Muñoz–Gaviria, D. A. (2005). El evolucionismo social y la sociobiología especulativa en los autores de la degeneración de la raza. raza y evolución en Colombia entre 1900 y 1940. *Revista Educación y Pedagogía*, XVII(42), 131–144.
- Overton, W. F. (1973). On the Assumptive Base of the Nature–Nurture Controversy: Additive versus Interactive Conceptions. *Human Development*, 16(1–2), 74–89. doi: 10.1159/000271268

- Overton, W. F. (2015). Processes, relations, and relational–developmental–systems. En R. Lerner, W. Overton & P. Molenaar (edits). *Handbook of child psychology and developmental science (Vol. 1). Theory and method* (pp. 9–62). Wiley.
- Overton, W. F., & Molenaar, P. C. (2015). Concepts, theory, and method in developmental science: a view of the issues. En R. Lerner, W. Overton & P. Molenaar (edits). *Handbook of child psychology and developmental science (Vol. 1). Theory and method* (pp. 1–8). Wiley.
- Piaget, J. (1961). *La formación del símbolo en el niño. Imitación, juego y sueño. Imagen y representación*. Fondo de Cultura Económica.
- Piaget, J. (1977). Introducción: el problema de la explicación. En J. Piaget, et al. (comp.), *La explicación en las ciencias* (pp. 11–21). Martínez Roca.
- Piaget, J. (1985). *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. Crítica.
- Piaget, J. (1995). *La construcción de lo real en el niño*. Crítica.
- Pinker, S. (2006). Sobre la naturaleza humana. *Claves de razón práctica*, 167, 58–68.
- Pinker, S. (2012a). *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*. Paidós.
- Pinker, S. (2012b). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Paidós.
- Pinker, S. (2013). *Language, cognition, and human nature. Selected articles*. Oxford University Press.
- Pléh, C. (2012). The history of the nature/nurture issue. *Behavioral and Brain Sciences*, 35(05), 376–377. doi: 10.1017/S0140525X12001094
- Puche–Navarro, R., Cerchiaro, E., De la Rosa, A., Montes, J. A., & Ossa, J. C. (2017). *El desarrollo cognitivo se reorganiza. Emergencia, cambio, autorregulación y metáforas visuales*. Editorial Bonaventuriana.
- Ribes–Iñesta, E. (2020). Sobre la explicación y su relación con los distintos modos de conocimiento. *Acta comportamentalia*, 28(2), 223–236.
- Robins, S., Symons, J., & Calvo, P. (2019). *The Routledge companion to philosophy of psychology*. Routledge.
- Romanes, G. J. (1883). *Mental evolution in animals*. Kegan Paul.
- Ross, E. A. (1914). *The old world in the new: the significance of past and present immigration to the American people*. The Century Co.

- Singer, P. (2004). *Compendio de ética*. Alianza.
- Tabery, J. (2014). *Beyond versus. The struggle to understand the interaction of nature and nurture*. The MIT Press.
- Thorndike, E. L. (1913). *Educational psychology (Vol. 1). The original nature of man*. Columbia University.
- Tolman, E. C. (1920). Instinct and purpose. *Psychological Review*, 27(3), 217–233. <https://doi.org/10.1037/h0067277>
- Tomasello, M. (2019). *Becoming human. A theory of ontogeny*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Tooby, J. (2018). The emergence of evolutionary psychology. En D. Pines (edit.), *Emerging syntheses in science* (pp. 67–76). Taylor & Francis Group.
- Tooby, J., & Cosmides, L. (2016). The theoretical foundations of evolutionary psychology. En D. M. Buss (edit.), *The handbook of evolutionary psychology (Vol. 1). Foundations* (pp. 3–87). Wiley.
- Tooby, J., & DeVore, I. (1987). The reconstruction of hominid behavioral evolution through strategic modeling. En W. G. Kinzey (edit.), *The evolution of human behavior: primate models* (pp. 183–237). State University of New York Press.
- Vygotsky, L. S. (1997). The history of the development of higher mental functions. En L. S. Vygotsky, *The collected works of L. S. Vygotsky (Vol. 4)* (pp. 1–252). Springer.
- Wallace, A. R. (1864). The origin of human races and the antiquity of man deduced from the theory of “Natural Selection”. *Anthropological Review*, 2, clviii–clxxxvii.
- Wallace, A. R. (1889/2009). *Darwinism. An exposition of the theory of natural selection, with some of its applications*. Cambridge University Press. (Trabajo original publicado en 1889)
- Watson, J. B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *Psychological Review*, 20(2), 158–177. doi–10.1037/h0074428
- Watson, J. B. (1924/1947). *El conductismo*. Paidós.
- Witherington, D., Overton, W., Lickliter, R., Marshall, P., & Narvaez, D. (2018). Metatheory and the Primacy of Conceptual Analysis in Developmental Science. *Human Development*, 61(3), 181–198. doi: 10.1159/000490160